I’m a Believer, o de cómo aconteció mi primera vez UNED

Fue un mayo de hace 22 años cuando tuve la fortuna de encontrar sentido a una cuestión que me había inquietado desde la adolescencia cuando, por primera vez, en la clase de física, se nos explicó las Leyes de la Termodinámica. La entalpía era palpable, comprobamos el caso en el laboratorio, pero la entropía, el caos y su orden, eran, para mi, constructos teóricos insondables aun cuando me quedara claro que era necesaria esta ley para los equilibrios que sostienen el Universo. Me preocupaba la amenaza de este caos y lo que pudiera hacer con nuestras vidas si un día decidía anteponer su ley y desequilibrar el sistema del que entonces empezaba a sospechar.

Tal fue mi agradecida sorpresa cuando comencé a formar parte del profesorado del Departamento de Filologías Extranjeras y sus Lingüísticas de la Facultad de Filología de la UNED y encontré un orden exacto, duradero en el tiempo, y recurrente, en la aproximación a la preparación de los exámenes que habrían de realizar los alumnos en la convocatoria de septiembre. Fui instruida en nociones de ensobrado, con su etiqueta en el centro exacto, su sello y celo, e invitada a seguir un proceso de envalijado siguiendo un orden de prelación y un ritmo acompasado y constante para no entorpecer el proceso. Era una bonita sensación la que sentí al formar parte, con los compañeros y compañeras, de esa sinfonía que producía el meter sobres perfectos, de un marrón exacto, conteniendo exámenes impecablemente impresos en unas valijas metálicas que engullían con una cadencia proporcional a la velocidad constante con que nos movíamos por la sala. Se podía palpar la solemnidad del acto en todos y cada uno de las y los participantes en este ritual arcaico.

“¡Aquí!”, pensé, “Este es mi lugar”. Este rincón del mundo donde no cabía efecto entrópico alguno respondía perfectamente, como anillo al dedo, a mi ansiado cobijo donde guarecerme del propio caos.

Todo funcionó a la perfección y en septiembre partí confiada y dichosa a Córdoba, al Centro Asociado donde por primera vez salí a examinar. La experiencia nueva en todos los sentidos, pues no tenía por entonces costumbre de viajar sola, estaba siendo perfecta. El viaje tranquilo, el hotel extraordinario (de los de entonces), la cena exquisita, el desayuno fortalecedor…. Llegué al Centro.

Y el caos se hizo visible y nos acogimos a su ley perfecta.

La algarabía de lo que a mí me pareció que eran miles de estudiantes esperando a que su asignatura fuera cantada para entrar en la sala de exámenes, el colocarlos a todos y conseguir que guardaran silencio no fue nada comparable

con la vivencia de la entrega. Un sobre blanco por asignatura, con su etiqueta en el centro, su sello, y un celo esperando a cerrarlo, todos desparramados por la tarima del aula, los profesores recogiendo sin parar exámenes que se depositaban, a vista de una persona que observara ajena a lo que ocurría, en el batiburrillo aparente de exámenes desparramados por los suelos. Mi corazón desbocado pensando que aquello era un desbarajuste que no tendría solución y que perderíamos exámenes o que aparecerían descolocados y con hojas sin nombre intercaladas en exámenes de asignatura dispares, era como la deconstrucción del orden, el absoluto caos….

Y de repente se hizo el silencio, y alguien dijo, ya está, ha cuadrado todo. Y así fue, y cada cual recibió su nota y ocurrió el proceso de evaluación.

Tuve entonces la constatación de la entropía que gobierna el tan agradable caos que nos da vida. Gracias compañeras y compañeros, *I'm a believer*.

Ana Isabel Zamorano Rueda

CC BY NC ND